

Lunfardo: una definición orientada hacia la variación lingüística¹



En este texto, la autora indaga en la complejidad del lunfardo, como concepto esencialmente polisémico, que se utiliza para identificar un repertorio léxico asociado a las clases populares cuyo origen se remonta a la inmigración masiva en el área del Río de la Plata, y también como un concepto que remite a las unidades léxicas del habla coloquial contemporánea de los argentinos.

.....

| Por la Licenciada Andrea Bohrn

El lunfardo es el lenguaje que hablamos los porteños cuando entramos en confianza.

José Gobello (1959)

A lo largo de las siguientes líneas, nos proponemos abordar una definición de lunfardo basada en la variación diacrónica o temporal, la variación diatópica o geográfica, la variación diastrática o social y el registro. A partir de estas nociones, podemos indagar en la complejidad del lunfardo, en tanto concepto esencialmente polisémico, que se utiliza para identificar, por un lado, un repertorio léxico asociado a las clases populares cuyo origen se remonta a la inmigración masiva en el área del Río de la Plata, pero también, por otro, como un concepto que remite a las unidades léxicas del habla coloquial contemporánea de los argentinos. De esta forma, problematizaremos la representación social que considera al lunfardo como un fenómeno acabado, extinto y propio del pasado y mostraremos su vitalidad y su estado actual de desarrollo.

En primera instancia, debemos señalar que las lenguas están sujetas a variación y son objeto de diversos tipos de cambios, que pueden responder tanto a factores internos como a factores externos al sistema. Estos cambios determinan la existencia de variedades, es decir, subsistemas lingüísticos que presentan características

propias y particulares y que permiten diferenciar un subsistema de otro. De esta forma, el español, como constructo idealizado, engloba un conjunto de variedades, que pueden presentar mayor o menor grado de discrepancias entre sí. Un ejemplo característico, en este sentido, es el sistema pronominal: mientras que en el español peninsular se utiliza el pronombre «tú» para hacer referencia a la segunda persona del singular, el español rioplatense apela al pronombre «vos». Ralph Penny (2000), puntualmente, considera que la variación puede responder a factores temporales, geográficos o sociales. El factor temporal, en particular, determina la variación diacrónica, en la que una lengua cambia a lo largo del tiempo, como resultado del abandono de una forma y su reemplazo por una nueva variante. Por su parte, la variación diatópica está asociada a la región geográfica y al factor espacial como elemento generador del cambio lingüístico. Por otra parte, la variación social remite, de acuerdo con Penny, a factores relativos a las particularidades de los hablantes, como pueden ser la edad, la clase social, la instrucción, la ocupación o el nivel de ingreso. Finalmente, el registro se vincula con la variación asociada al contexto particular en el que se lleva a cabo la interacción lingüística. Incluye aspectos como la relación entre los hablantes, el tema o el propósito de la comunicación.

¹ Quisiera dedicar este trabajo a Oscar Conde, por su amistad y su permanente generosidad.

■ Lunfardo: una definición orientada hacia la variación lingüística

El problema en torno a la definición del lunfardo —la pregunta acerca de qué es, cuál es su alcance y qué elementos deben ser incluidos allí y cuáles excluidos— es tan antiguo y multifacético como el lunfardo mismo. Su origen se establece en torno a la inmigración masiva que arribó al país entre 1870 y los primeros años del siglo xx. Al respecto, Fontanella de Weinberg (1983, 1994) menciona que la Argentina fue el segundo país de recepción de inmigrantes, después de los Estados Unidos, de forma tal que, para el año 1897, el censo de la ciudad de Buenos Aires establecía que, de 433 375 censados, el 47 % era argentino, el 32 % era italiano, el 9 % era español, y el 11 % se correspondía con otras procedencias. Asociado a esta coyuntura particular, se gesta entonces lo que Fontanella denomina *lunfardo histórico*: un conjunto de palabras restringido a la comunicación interna de un grupo, que surge en la situación de contacto del español con las lenguas de la inmigración masiva y que no forma parte de la lengua materna de quienes lo utilizaban, a raíz de su carácter novedoso. Este lunfardo histórico comenzó a expandirse a través de la vida en el conventillo y otras esferas de la vida social, del periodismo, de la literatura costumbrista, pero, fundamentalmente, del teatro y del tango, lo que permitió su penetración en otras regiones y capas sociales. De esta forma, se constituyó lo que Fontanella denomina *continuo postlunfardo*, que llega a nuestros días en el habla coloquial, donde ya es parte de la lengua materna de sus usuarios. Este proceso de cambio diacrónico también tiene su correlación gramatical. El lunfardo histórico parece estar asociado fuertemente a los préstamos de las variedades del italiano², del inglés, del francés, del portugués, de lenguas africanas y a las contribuciones de las lenguas de los pueblos originarios³, mientras que el lunfardo contemporáneo se nutre de procesos creativos y productivos de formación de palabras⁴ y toma unidades de diversas áreas sociales y culturales, tales como las que Conde (2011) identifica:

Fútbol: «amague», «amasarla», «bailar/dar un baile», «chilena», «chingarle», «llenar la canasta», «masita», «morfárselo», «puntero», «enganchar», «bombero», «colgarla», etcétera.

Turf y automovilismo: «arbolito», «borrarse», «correr», «relojar», «largar duro», «largar parado», «estar en la gatera», «carburar», «estar cero kilómetro», «patinarle el embrague», «fundido», «pistero», etcétera.

Psicología/psicoanálisis: «darle o entrarle a uno la loca», «rechifle», «raye», «faltarle jugadores/caramelos/tornillos/patitos en la fila», «no llegarle agua al tanque», «descerebrado», «desnucado», «tener la cabeza quemada», «estar del bonete/del moño/de la cabeza/de la gorra/del marote/de la nuca/del tomate», «chapita», «paranoiquear», «psicopatear», «histeriqueada», «histeriqueo», etcétera.

Formas de tratamiento: «loco», «boludo», «gordo», «flaco», «hermano», «negro», «pibe», «papá», «máquina», «fiera», «fierita», «chabón», «amigo», etcétera.

Léxico tumbero y marginal: «salir de caño», «pararse de manos», «bondi», «cortar», «descartar», «lancheo», «rancheada».

Política y medios: «retorno», «psicobolche», «chapear», «perejil», «tragarse un sapo», «rosca», «trenza», «panqueque», «borocotizar», «trucho», «chivo», etcétera.

Las condiciones particulares del origen del lunfardo determinaron también su alcance geográfico inicial: su cuna fue un conventillo en el Río de la Plata, y el arrabal y el barrio eran sus ámbitos de circulación. Sin embargo, sería incorrecto decir que, en la actualidad, el lunfardo es exclusivamente porteño. La expansión cultural y social a la que nos hemos referido previamente, sumada a la propagación de las formas lingüísticas a través de los medios masivos de comunicación y de las redes sociales, ha permitido que el lunfardo cruce las fronteras interprovinciales de la Argentina. En este sentido, la tarea de documentación de Martorell de Laconi (2000, 2002) de unidades lunfardas en el español coloquial de Salta nos permite reconocer su extensión diatópica contemporánea⁵.

La variación social o diastrática quizá sea la que haya sido objeto de mayor polémica en los estudios y las descripciones del lunfardo. A finales del siglo xix, Benigno

² Véase Di Tullio (2014).

³ Véase Conde (2011) para un estudio detallado de la conformación del léxico lunfardo.

⁴ Entre los recursos productivos, podemos mencionar la paronomasia (sustitución de una palabra por otra), con ejemplos como «zaffaroni» por «zafar», «durán barba» por «duro», «billiken» por «villero», que se suman a los históricos: «lenteja» por «lento», «durazno» por «duro», «matienzo» por «mate», «ambrosio» por «hambre». Sobre recursos morfológicos del lunfardo, véase Bohrn (2017).

⁵ Entre los lunfardismos del español de Salta, Martorell de Laconi identifica «amarrocar», «amirar», «angelito», «apañar», «apolillar», «apolillo», «araca», «aspamentos», «atorrante», «atorrar», «bacán», «bagayo», «bailongo», «balconear», «barra», «batata», «batifondo», «berrete», «biaba», «biyuya», «bodrio», «bola», «boliche», «bole-ta», «bomba», «bondi», «bote», «bufoso», «bulín», «catinga», «caterera», «ciruja», «contrera», «cortado», «coso», «croto», «percha», «pilcha», «tongo», «torta», «yapa», «yeta», «zurdo», etcétera.

Lugones, Luis María Drago y Antonio Dellepiane⁶ asociaron el lunfardo al ámbito delictivo y a la jerga criminal, y, por ende, a los sectores marginales. Sin embargo, Gobello (1995, p. 11) recupera una producción de Juan Piaggio, de 1887, donde dialogan dos compadritos que rechazan enfáticamente ser ladrones y, al mismo tiempo, utilizan gran cantidad de lunfardismos⁷. Al respecto, señala:

Está a la vista que lo que para Lugones, Drago y Dellepiane era un caló de ladrones, una jerga desconocida de los profanos, un argot criminal, para Piaggio resultaba un repertorio de argentinismos del pueblo bajo. Lugones, que era escribiente del Departamento de Policía, había escuchado esos términos de boca de ladrones, y de boca de delincuentes los habían escuchado también Drago y Dellepiane, que eran criminalistas. Piaggio, un periodista con el oído atento al lenguaje popular, los había escuchado en cambio en boca de compadritos. Los tres primeros creyeron que se trataba de una tecnología de ladrones. Más sagaz, Piaggio advirtió que se trataba de un repertorio léxico popular [...]. Los llamó, entonces, argentinismos del pueblo bajo.

Asimismo, una revisión de los primeros diccionarios de lunfardo arroja que las unidades del léxico del delito conviven con gran cantidad de vocabulario de la vida general, lo que permite aportar evidencia adicional que sustente el origen popular y no delictivo del lunfardo⁸. En la actualidad, ha incorporado casi todas las áreas de la vida cotidiana: la vida familiar, amorosa, social, sexual; el ámbito laboral, del deporte, de la política, de la droga, de los medios masivos de comunicación e, incluso, de las redes sociales. Se nutre permanentemente a partir de las contribuciones de los jóvenes⁹, que siempre son innovadores, y también de las formas de los (nuevos) sectores populares¹⁰. De esta forma, el lunfardo ha logrado trascender la clase social en la que se gestó originalmente y alcanzar, al igual que el voseo, a la totalidad de los estratos urbanos.

⁶ Lugones, en 1879, identifica como unidades lunfardas «campana» (espía), «escrucante» (ladrón que lleva a cabo una estafa), «punga» (robo), «vento» (dinero), pero también palabras que no remiten al mundo del delito, como «mina», «a la gurda» (de gran calidad), «micho» (pobre), «morfilar» (comer), lo que permite cuestionar su apreciación de que el lunfardo era «el caló de los ladrones».

⁷ Entre las unidades lunfardas, Piaggio incluye «bobo» (reloj), «chucho» (miedo), «chafe» (agente policial), «darse corte» (hacer alarde de ostentación), «falluto» (falso), «estrilar» (rabiarse), «farrá» (diversión), etcétera.

Sobre la autora

Andrea Bohrn

Licenciada y Profesora de Enseñanza Media y Superior en Letras (Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras); investigadora docente del Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Se desempeña en la cátedra de Lunfardo en la Universidad Nacional de las Artes. Investiga en morfología del español, en particular, en la formación de verbos a partir de nombres y adjetivos. Además, describe y analiza el lunfardo y su relación con la morfología apreciativa del español rioplatense.

Finalmente, nos referiremos a la noción de registro. Conde (2011) define el lunfardo como «un repertorio léxico, limitado a la región rioplatense en su origen, constituido por términos y expresiones populares de diversa procedencia utilizados en alternancia o abierta aposición a los del español estándar y difundido transversalmente en todas las capas sociales de la Argentina». Para Conde, el uso del lunfardo es siempre un gesto revolucionario porque implica que el hablante podría optar por una palabra del español general o estándar («café», «esposa», «marido», «trabajo»), pero selecciona una palabra lunfarda («feca», «jermu», «dorima», «laburo»). Lo que permite el uso de estas últimas formas por sobre las previas es la seguridad que el hablante tiene de que se encuentra en un ámbito informal y que mantiene con su interlocutor una relación de cercanía

⁸ A modo de ejemplo, mencionamos una exploración inicial del diccionario de Villamayor (1915), donde se consignan ciento setenta y cinco unidades del léxico general («abotonarse», «afilar», «brame», «bramaje», «abatatado», «abatatar», «adunfi», «amarrete», «bondi», «bombón», «bondinero», «briques», «broli», «bronca», etc.) y ciento veintidós vinculadas al mundo de la marginalidad («abanico», «afanar», «amasijar», «batir», «banda», «bufoso», etc.).

⁹ Véase Kuguel (2014).

¹⁰ Véase *Pim, pum, pam, el lenguaje en nuestras vidas*, capítulo 1 de *Corte Rancho* (2014), documental elaborado por César González y Todo Piola Producciones, para Canal Encuentro. Video disponible en <http://www.tvpublica.com.ar/programa/corte-rancho/>.

■ Lunfardo: una definición orientada hacia la variación lingüística

que lo habilita para instaurar valores de complicidad, apreciativos y de tipo lúdico en su discurso. Esto se ha mantenido constante en la existencia del lunfardo, en tanto, en su origen o en la actualidad, es el conjunto de palabras que usamos, tal como indica el epígrafe de este texto, cuando estamos en confianza. Adicionalmente, podemos mencionar, como identifica Conde, que lo relevante del lunfardo, lo que hace que una unidad léxica sea un lunfardismo, más allá de su carácter exclusivo de la Argentina, no es su valor referencial o su valor denotativo, sino la connotación particular que introduce en una interacción comunicativa.

A lo largo de este trabajo, hemos presentado las encrucijadas centrales en las que se ubica la definición de lunfardo. Por un lado, en relación con la variación diacrónica, el término «lunfardo» hace referencia a un conjunto léxico gestado en el contexto de la inmigración masiva, pero que ha superado su coyuntura primitiva y se ha expandido a partir de la prensa, del teatro, del tango, de la radio, del uso mismo, hasta ser parte central

y constitutiva del español coloquial rioplatense. Ese origen vinculado con el arrabal porteño también ha sido objeto de variación diatópica, de forma tal que numerosas unidades originadas en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires son parte ahora del repertorio al que apelan los hablantes de otras regiones, como Córdoba, Salta o la Patagonia, y que les permite incrementar el repertorio de los recursos coloquiales de sus propias variedades. En relación con la variación social, hemos dejado de lado la hipótesis que atribuye un origen delictivo al lunfardo y nos hemos centrado, gracias al testimonio de Juan Piaggio, en un lunfardo histórico, propio del conventillo, asociado a las clases populares. En la actualidad, el uso de unidades lunfardas se ha extendido a todas las capas sociales y no exclusivamente a las clases trabajadoras. Podríamos afirmar que, donde el registro habilite la coloquialidad y la informalidad, hay posibilidad de utilizar una unidad lunfarda, y, mientras eso sea posible, el lunfardo será vital, creativo y argentino. ■

BIBLIOGRAFÍA

- BOHRN, A. (2017). «*Locateli, guisacho, bailongo* y otras derivaciones apreciativas en el español coloquial rioplatense». *Signo y Seña. Revista del Instituto de Lingüística*, 32, 21-43.
- CONDE, O. (2011). *Lunfardo. Un estudio sobre el habla popular de los argentinos*. Buenos Aires: Taurus.
- DI TULLIO, Á. (2014). «El italianismo como gesto transgresor en el español rioplatense». En L. Kornfeld (comp.). *De lenguas, ficciones y patrias* (pp. 103-122). Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- FONTANELLA DE WEINBERG, M. B. (1983). «El lunfardo: de lengua delictiva a polo de un continuo lingüístico». En *Primeras Jornadas Nacionales de Dialectología* (1977) (pp. 129-138). Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Tucumán.
- (1994). «Una fugazza con fetas de panceta y provolone: la incorporación léxica en español bonaerense». En *Estudios sobre el español de la Argentina* (pp. 51-77). Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur.
- (1996). «Contacto lingüístico: lenguas inmigratorias». *Signo y Seña. Revista del Instituto de Lingüística*, 6, 437-457.
- GOBELLO, J. (1995). *El Lunfardo*. Buenos Aires: Academia Porteña del Lunfardo.
- KUGUEL, I. (2014). «“Los jóvenes hablan cada vez peor”. Descripción y representaciones del habla juvenil argentina». En L. Kornfeld (comp.). *De lenguas, ficciones y patrias* (pp. 81-101). Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- MARTORELL DE LACONI, S. (1997). «Algo más sobre el lunfardo. El lunfardo y el contacto lingüístico». *Anuario de lingüística hispánica*, 12-13(2), 653-666.
- (2000). *El lunfardo en Salta*. Salta: Instituto Salteño de Investigaciones Dialectológicas *Berta Vidal de Battini*.
- (2002). «Hacia una definición del lunfardo». Ponencia presentada en las Jornadas *Hacia una redefinición del lunfardo*, organizadas por la Academia Porteña del Lunfardo.
- PENNY, R. (2000). «Introducción: variación de la lengua». En *Variación y cambio en español*. Madrid: Gredos.
- VILLAMAYOR, L. C. (1915). *El lenguaje del bajo fondo*. Buenos Aires: Schapire.